

#### IV

Querido Alberto:

Estamos en el Casino Español o, si se quiere, en el reducido establecimiento que tiene Candel en Szechuen Road. Puedes sentarte. Muy pronto lo he dicho. Puedes sentarte si está desocupada una de las tres sillas disponibles. Preferible es que permanezcas en pié adosado a la anaquelera que reviste las paredes del cuarto. A través de los cristales de aquella, verás sombreros de Manila y de fieltro para uno y otro sexo, cajas de tabaco de la acreditada fábrica que en un tiempo tuvo aquí montada Candel, botillería de exquisitos vinos españoles importados directamente y que cuestan un ojo de la cara en Manila, y unos saquitos de blanca lona apilados artísticamente en pirámide o en otras formas geométricas que contienen el tan comentado como excelente corcho, en tapones, de mi querido paisano y homónimo Enrique Romero y Romero, que Vds. gozan.

El departamento de que te vengo hablando, habilitado para Casino y por el que, invariablemente, desfila durante el día la mayor parte de la colonia española de Shanghai, viene a tener unos tres metros de largo por dos de ancho. Como espacio libre para circular no se dispone mas que de una faja de unos cincuenta centímetros a todo el largo de la pieza. El resto lo ocupan las mesas, pupitres y demás accesorios.

De este punto convergente, que no necesita izar la bandera para denunciar su ambiente español, he hecho yo mi cuartel general, mi centro de operaciones y mi punto de distribución. Es verdad que llevo quince días en Shanghai y aún no estoy penetrado de su orientación y de su estructura, pero, aun cuando hubiera nacido aquí, yo te afirmo que la casa de Candel sería siempre para mí el imantado lugar en que me hallaría más a gusto.

Bien, ya estamos en él; arrímate al estante y espera.

Son las cinco y media de la tarde, hora en que la mayoría, sino todos los españoles que aquí residen, ha concluido sus quehaceres. Candel pone término con su mano temblona a la escritura de unas notas e, incorporándose en el asiento, pasea por el microscópico espacio que la mesa de trabajo le deja libre como un león en la jaula. Nosotros hacemos lo mismo en la vereda asequible y trabajamos con él la conversación habitual, a que sirven de pié forzado Filipinas, España y la evocación, con pelos y señales, de todo el pasado luctuoso que ha entenebrecido la vida de este amigo del alma.

De pronto se abre la puerta vidriera y aparece la figura de un hombre joven, completamente rasurado, de pelo canecido, que a la primera impresión me parece un congresista americano. Sus ojos pequeños, pero inquisitivos, su nariz borbónica y el timbre apagado de su voz, me excusan presentártelo. Es un antiguo amigo nuestro;

es Pepín Aguado. Aquí le tienes desde mil novecientos catorce en que levantó su campo de Manila, harto de sus ñoñeces, prejuicios y falacias. Él pensó, y pensó muy bien, que un hombre que sabe trabajar, se puede ganar la vida honradamente en cualquiera parte.

En efecto, no te diré que, como el gran romano, "vino, vió y venció," nada de eso; el pobre pasó las suyas, pero el capital de sus personales prendas y la buena acogida a que era acreedor, fuéronle abriendo caminos por donde llegar a la posición de hoy, que, si no deslumbra por su brillo, es tan honorable como decorosa.

Pepin Aguado es el mismo de siempre. Si te he de decir la verdad, es mejor que antes. Las figuras humanas cuando se sumergen en el oleaje turbulento y morbosos de las colectividades numerosas, resultan imprecisas y vulgares; esas mismas figuras, cuando se las sustrae de tal medio y se las coloca en otro más limpio y despejado, cuando se las aísla y se las somete a la prueba y contraste de lo adverso, descubren nuevas facetas y un mayor relieve.

Así ha pasado con este buen compatriota, y lo mismo tendré que decirte cuando me ocupe de algunos otros. La lealtad, el cariño, la franca y abierta expansión del espíritu han tenido aquí para Pepin Aguado mayores y mejores oportunidades de expandirse y manifestarse. La larga ausencia y el creciente interés por las cosas lejanas, establecen, desde el primer instante, un prurito de comunicabilidad que nunca se sácia. La conversación rueda sobre todos los asuntos y en todas las direcciones. No se olvidan, no, los días del ayer, ni duermen los recuerdos que se estimaban arrumbados por la desilusión o por el desengaño, y es complacencia, que se ceba con la renovación de hechos y de sensaciones pretéritas, la que experimentamos al evocarlos. ¡Cuántas veces te habrá ocurrido la necesidad y la alegría de contemplar de nuevo los pétalos marchitos de aquella flor que, en tu juventud, te entregó la mujer amada, o de releer el paquete de cartas en que se contiene la historia de aquellos enterrados amores!

Hablamos, pues, de cuanto ocurrió hace años, y cambiamos informes y noticias que vienen a rellenar los desniveles y lagunas que ofrece la vida presente. ¡Con qué afán nos interrogamos mutuamente, y con qué satisfacción vamos acallando nuestra curiosidad y desvaneciendo nuestras dudas sobre sucesos y cosas que estaban confusos o incompletos en nuestra memoria! Embebidos en esta conversación, entregados de lleno a su encanto, van ingresando en el Casino nuevos personajes.

Este señor alto, relativamente corpulento, de fisonomía netamente española, que penetra en este momento, es Ramos, a quien yo no conocía más que de nombre y por referencias. Al hacerme su presentación, experimenté una sacudida gratísima. Sabía que era un gran luchador y que en todos sus actos y proceder se marcaba el tipo del "self-made man," del hombre que todo se lo debe a sí mismo.

En un tiempo, este Ramos, asociado a otro Ramos, que tienen Vds. hoy ahí consagrado a distintos y vastos negocios, gozando de envidiable reputación por la virtud de su trabajo y el relieve de sus virtudes, realizó en este territorio chino la proeza, pues hay que llamarla así si nos atenemos a la cuantía del esfuerzo y a la insignificancia del capital, de implantar el negocio cinematográfico.

Estas empresas, cuando se ven hechas y en marcha, parecen llanas y fáciles. ¿En qué lugar del mundo, se dirá, no puede hallar atractivo y aceptación este espectáculo que tanto entra por los sentidos y aún suele, cuando es artístico, acariciar las fibras del alma?

Pues nadie lo había hecho en China, ni nadie se atrevía a emprenderlo. Cada pueblo tiene su idiosincracia y su característica y las del pueblo chino son rebeldes a toda expresión de orden espectacular que no revista fondo y forma indígenas. Ante este escollo, debieron detenerse todas las iniciativas cuando tan perezosamente se procedía. A dos españoles arrojados y de atrevido espíritu, les estaba reservado el triunfo contra esta inexplicable pasividad o, mejor dicho, contra esta egoísta inercia. Ramón y Antonio Ramos, no ligados por vínculo alguno de parentesco, sino por relaciones de compañerismo en el servicio militar y perfecta solidaridad de ideas, se asociaron para implantar el negocio en Hongkong y en Shanghai, y aún creo que en alguna otra importante población de China, arrojando los indecibles obstáculos que todo negocio nuevo presenta con la fé inquebrantable y ardiente de dos apóstoles.

Pero no se crea que todo su cometido había de limitarse a un ensayo del espectáculo en su parte material, mecánica, por decirlo así, que, en caso desgraciado, hubiera limitado la pérdida, no; tenían que hacer más, tenían que hacerlo todo, desde el edificio hasta el público, desde el atractivo material capaz de despertar interés, hasta el temperamento del pueblo y el despertar de las costumbres que habían de hacer interesante el espectáculo.

Dividieron el trabajo los dos socios. Ramón se puso al frente de la zona de Hongkong, Antonio de la de Shanghai, y uno y otro, como movidos de un resorte único, realizaron la obra portentosa actual que, sólo viéndola, puede apreciarse.

Concretándome a Shanghai, que es el campo a que tienen que reducirse estas cartas, has de saber que en esta población cuenta Antonio Ramos con tres cinematógrafos de que es propietario. Pero no te creas que se trata de instalaciones ocasionales y de un decoroso pasar que se contenten con satisfacer las exigencias del negocio. Se trata de tres edificios, dos de ellos de planta especial, hechos expreso, el menor de los cuales, "El Victoria," es un teatro que ya lo quisiéramos ahí para honrar a Manila y su arte dramático. Su sala coquetona y lindísima de sobrio y elegante decorado; su estructura eminentemente europea, de condiciones acústicas inmejorables, de

perfecta visualidad en cualquiera localidad que te coloques, dan la impresión, aún más señorial, del teatro Lara, de Madrid. ¡Qué campañas tan constructivas y tan edificantes en pró de nuestro idioma y de nuestra literatura, podríais hacer ahí si dispusiérais de un local semejante!

Pues esta preciosísima "bombonera" resulta insignificante si se la compara con el "Olympic," un magnífico teatro en toda la extensión de la palabra; bello y grandioso por su estructura, grandioso y bellísimo por su ornamentación y lujo de detalles. Cualquiera capital de Europa vería satisfechas con él todas sus exigencias; caleula si estarán colmadas las de Shanghai.

Pero voy a agregarte una particularidad que te halagará en extremo. Estos edificios no encierran el solo mérito de ser debidos a la iniciativa de un español; su valor sube de punto teniendo en cuenta que los planos originales, la dirección de las obras y la ornamentación completa de ellos son debidas igualmente a nuestros compatriotas. Martí, padre e hijo, de estirpe verdaderamente genial y de quienes te he hablado varias veces como de los más grandes artistas que han desfilado por Filipinas, y Abelardo Lafuente, que no lo es menos y a quien he de dedicarle una separada carta, son los autores de estas magníficas construcciones ante cuya contemplación me siento orgulloso.

A más de estos dos edificios, tiene Ramos otro salón cinematográfico no menos amplio, pero más modesto, con sello más popular, por el que el público chino muestra mayor preferencia.

¿Vas aquilatando el valer de estos meritísimos españoles que desfilan ante tu vista? Pues atiende a la puerta y verás cómo se refuerza el núcleo con nuevas aportaciones.

Aquí tienes a Gerónimo Canda. Al presentarse, me ha dado un vuelco el corazón. Por un instante creí hallarme en Manila, a dos pasos de mi hogar, rodeado de mi mujer y de mis hijos. Yo no concebía a Canda fuera de Manila. Cuando hace algunos meses lo encontré una noche en el "Bohemian Club," vecino de nuestra redacción, y me hablaba de las excelencias de esta urbe china en la que conviven y se abigarran Europa y Oriente con sus encontradas modalidades y sus opuestas costumbres; cuando me hablaba de este clima reconstituyente, de estos alimentos jugosos, de estas frutas exquisitas y de este mosaico tapiz en que tienen lugar todos los hilos y todos los colores de la vida, hizo avivar en mí deseo el empeño de juzgar aquellas excelencias por mí mismo. A poco, dejé de verlo, pero nunca quería persuadirme de que había vuelto a Shanghai, haciéndome la ilusión de que estaba en Pandacan o en cualquier escondido rincón de provincia filipina. Ahora que le vuelvo a ver en este escenario, si no hay decorado que denuncie la situación, pienso que seguimos los dos en Manila. Necesito para

persuadirme de la realidad, departir con su cariñosa y apreciadísimas familia, toda aquí, con estabilidad que parece ser definitiva.

En estos crudos días que estamos pasando, en esta pseudo primavera que constituiría una estafa si no asistiéramos ya al brote de las hojas en el desnudo ramaje y al alfombrado de los campos con un matíz de intenso verde, añora Canda ese encendido sol y esas noches placenteras y tibias y, a través del continente resignado con que sobrelleva la trasplatación a un medio tan opuesto, yo percibo sus suspiros y cuento los latidos de su corazón por verse tan lejos.

Firme nuestra vieja amistad, aquí nos apoyamos el uno en el otro como dos camaradas que han hecho juntos una larga campaña y, ya viejos y retirados, necesitan de un rayo de sol y se complacen en renovar sus recuerdos.

Trás de Canda asoman al Casino Joaquin Carrion y el joven Perez de Tagle que han de estar al frente de la agencia de "La Insular," en planta de organización por estos días; y les sigue Enrique Muñoz que, casi niño, dejó España y a los veinte años de recorrer el mundo, sentó aquí sus reales estableciendo un negocio de importación y exportación que personalmente lleva.

Te parecerá imposible que todas estas personas ya nombradas quepan en la tienda-Casino. Por un milagro de estivación, todas están dentro y ninguna se tropieza, muchas en pié y algunas de ellas ocupando las tres sillas reglamentarias o apoyándose en alguna de las mesas.

La conversación se hace general, la animación cunde, surge un verdadero torneo de referencias históricas y de amena crítica: no hay mas mujer presente que mi hija Rosario, mi compañera, mi secretaria y mi guía y de quién, por ser su padre, no me excouso de decir que atrae merecidamente todas las atenciones y simpatías. Y cuando la animación se halla en auge y la temperatura compite con la que se disfruta en esa redacción a las tres de la tarde de un día de Mayo, aparece, arrancando un grito de júbilo de todos los presentes, el cónsul Palencia, apresurándose a abrir la espita de su peregrino ingenio, de su gracia juvenil y de su no común cultura, con lo que multiplica las delicias de aquella reunión que, sin ser didáctica, produce felices enseñanzas, haciendo que vibren mas sonoras y armónicas las cuerdas de la amistad y del patriotismo.

A las siete y cuarto en punto, se le abre la boca a Candel. Hombre de método y de rígida disciplina doméstica, ha cogido ya el tranquillo de tomar su colación a las siete y media de la noche, dándose la invariable práctica de que al sonar ocho en el reloj le encuentren dormido.

Aquel bostezo "candelesco," mas o menos disimulado, equivale, por consiguiente, a la tocata del "ahuequen" que suele poner térmi-

no a los bailes de suscripción. Ya sabemos todos lo que significa y, a un tiempo y casi al unísono, se hacen las despedidas, nos ponemos las bufandas y abrochándonos los abrigos nos lanzamos a Siberia, vulgo vía pública, con el ánimo confortado y la faz sonriente, dándonos cita para el siguiente día. Cada uno toma distinta dirección, y mi hija y yo, utilizando dos "rickshas" emprendemos al trote chinesco nuestra jornada del Szechuen hasta llegar a Kiangwan Road, en cuyo número uno y en una residencia encantadora, nos dan espléndida hospitalidad sus propietarios los señores de Vinzenzovich, Canciller él desde hace muchos años del consulado español y familia apreciableísima de que me propongo hacer mención detallada en otra epístola.

Shanghai, 15 de Abril, 1920.